

indios, aunque tenia muchas mujeres. Fué dádovoso y muy franco con españoles, y creo que tambien con los suyos; ea si fuera por arte, y no por natura, fácilmente se le conociera al dar en el semblante; que los que dan de mala gana mucho descubren el corazon. Cuentan que fué sabio: á mi parecer, ó fué muy sabio, pues pasaba por las cosas así, ó muy necio, que no las sentia. Fué tan religioso como belicoso, aunque tuvo muchas guerras, en que se halló presente. Dicen que venció nueve batallas y otros nueve campos en desafio, uno á uno. Reinó decisiete años y algunos meses.

Los combates que unos á otros se daban.

Muerto que fué Moteczuma, envió á decir Cortés á sus sobrinos y á los otros señores y capitanes que sustentaban la guerra, que les queria hablar. Vinieron, y él les dijo desde aquella mesma azotea que le mataran, que pues era muerto Moteczuma, dejasen las armas y atendiesen á elegir otro rey y á enterrar el defunto; que se queria hallar á las honras como amigo. Y que supiesen cómo por amor de Moteczuma, que se lo rogaba, no les habia ya derribado y asolado la ciudad, como á rebelde y obstinada. Mas pues ya no tenia á quien tener respeto, les quemaria las casas y los castigaria si no cesaba la guerra y eran sus amigos. Ellos respondieron que no dejarían las armas hasta verse libres y vengados; y que sin su consejo sabrían tomar el rey que por derecho les venia, pues los dioses les habian llevado á su querido Moteczuma. Que del cuerpo harían lo que de otros reyes muertos. Y si él queria ir á morar con los dioses y tener compañía á su amigo, que saliese, y matarlo lian. Y que mas querian guerra que paz, si habia de estar en la ciudad. Y si se enojaba, que ternia dos males; ea ellos no eran como otros, que se rendian á palabras. Que tambien ellos, pues muriera su señor, por cuya reverencia no les tenían quemadas las casas y á ellos asados y comidos, le matarian si no se iba. Y una vez por una que saliese fuera, y que después tratarían de amistad. Cortés, como los halló duros, conoció que iba malo su partido, y que le decían que se fuese para tomallo entre puentes. Tanto les rogaba por el daño que recibia como por el que hacia. Así que, viendo cómo las vidas y el mandar consistían en los puños y tener buen corazon, salió una mañana con los tres ingenios, con cuatro tiros, con mas de quinientos españoles y con tres mil tlaxcaltecas, á pelear con los enemigos, á derribar y quemar las casas. Arrimaron los ingenios á unas grandes casas que cabe una puente estaban. Echaron escalas para subir á las azoteas, que estaban llenas de gente, y comenzaron á combatir; mas presto se tornaron al fuerte sin hacer cosa que dañase mucho los contrarios, y con un español muerto y otros muchos heridos, y con los ingenios quebrados. Fueron tantos los indios que al ruido cargaron, y apretaron en tanta manera á los nuestros, que no les dieron lugar ni vagar de soltar los tiros. Y los de aquella casa tiraron tantas piedras y tan grandes de las azoteas, que desbarataron los ingenios y los ingenieros. Y los hicieron volver mas de á paso en poco tiempo. Como los hubieron encerrado, cobraron todas las casas y calles perdidas y el templo mayor, en cuya torre se encastilla-

ron quinientos principales hombres. Metieron muchos bastimentos, muchas piedras, muchas lanzas largas y con fierros de pedernal, anchos y agudos. Y á la verdad con ninguna arma hacían tanto daño como con piedras, ni tan á su salvo. Era fuerte aquella torre y alta, segun ya dije, y estaba tan cerca del fuerte de los nuestros, que les hacia muy gran daño. Cortés, aunque con harta tristeza, animaba siempre los suyos, y siempre iba delante á las afrentas y peligros. Y por no estar acorralado, que no lo sufria su corazon, toma trecientos españoles, y va á combatir aquella torre. Acometida tres ó cuatro veces y otros tantos dias; mas nunca la pudo subir, como era alta y habia muchos defensores con buenas piedras y armas, con que por detrás le fatigaban mucho. Antes siempre venían rodando las gradas abajo heridos y huyendo, de que orgullosos los indios, seguían los nuestros hasta las puertas del real. Y los españoles iban de cada hora desmayando mas, y muchos murmurando. Estaba su corazon con estas cosas cual pensar podeis. Y porque los indios, con tener la torre y victorias, andaban mas bravos que nunca, así por obras como de palabras, determina Cortés salir, y no tornar sin ganarla. Atóse la rodela al brazo que tenia herido; fué, cercó y combatió la torre con muchos españoles, tlaxcaltecas y amigos; y aunque los de arriba la defendieron recio y mucho, y derribaron tres ó cuatro españoles por las escaleras, y vinieron muchos á la socorrer, la subió y ganó. Pelearon allá arriba con los indios hasta que los hicieron saltar á unos petriles ó andenes que tenia la torre al rededor, un paso anchos ó mas; los cuales eran tres, y uno mas alto que otro dos estados, ó conforme á los sobrados de las capillas. Algunos indios cayeron al suelo por saltar de uno en otro, que allende del golpe llevaban muchas estocadas de los nuestros, que abajo quedaron. Españoles hubo que, abrazados con los enemigos, se arrojaban á los petriles y aun de uno en otro, por los matar ó echar al suelo; y así, no dejaron á ninguno vivo. Pelearon tres horas allá arriba; que como eran muchos indios, ni los podían vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como valientes hombres. Y si tuvieran armas iguales, mas mataran que murieran, segun el lugar y corazon tenían. No se halló la imagen de nuestra Señora, que al principio de la rebelion no podían quitar; y Cortés puso fuego á las capillas y otras tres torres, en que se quemaron muchos ídolos. No perdieron coraje aunque perdieron la torre; con el cual, y por la quema de sus dioses, que al alma les llegó, hacían muchas arremetidas á la casa fuerte de los nuestros.

Rebusan los de Méjico las treguas que Cortés pidió.

Cortés, considerando la multitud de los enemigos, el ánimo, la porfia, y que ya los suyos estaban hartos de pelear, y aun ganosos de irse, si los indios los dejaban, tornó á requerir con la paz y á rogar á los mejicanos por treguas, diciéndoles que morían muchos y no mataban ninguno, y que les demandaba para que conociesen su daño y mal consejo. Ellos, mas endurecidos que nunca, le respondieron que no querían paz con quien tanto mal les habia hecho, matándoles sus hom-

bres y quemándoles sus dioses, ni menos querían treguas, pues no tenia agua ni pan ni salud; y que si morían, que tambien mataban y herían; ea no eran dioses ni hombres inmortales, para no morir como ellos; y que mirase cuánta gente parecia por las azoteas, torres y calles, sin tres tanta que estaba en las casas, y hallaria que mas áína se acabarían sus españoles muriendo uno á uno, que los vecinos de mil en mil ni de diez en diez mil; porque, acabados aquellos que veía, venían luego otros tantos, y tras aquellos, otros y otros; mas, acabado él y los suyos, que no venían mas españoles, y ya que ellos no los matasen con armas, se morirían de heridas y de sed y de hambre; y aunque ya quisiesen irse, no podrían, por estar deshechas las puentes, rompidas las calzadas, no teniendo barcas para ir por agua. En estas razones, que le dieron bien qué pensar y temer, les tomó la noche; y cierto la hambre sola, el trabajo y cuidado, no consumia, y consumiera sin otra guerra. Aquella noche se armaron los medios españoles, y muy tarde salieron, y como los contrarios no peleaban á tales horas, quemaron fácilmente trecientas casas en una calle. Entraron en algunas, y mataron los que dentro hallaron: quemáronse entre ellas tres azoteas cerca del fuerte, que les hacían daño. Los otros medios españoles adobaban los ingenios y reparaban la casa. Como les sucedió bien la salida, tornaron en amaneciendo á la calle y puente, do les desbarataron los ingenios; y aunque hallaron muy gran resistencia, como les iba la vida, que de la honra ya no hacían tanto caudal, ganaron muchas casas con azoteas y torres, que quemaron; ganaron asimesmo, de ocho puentes que tiene, las cuatro, aunque estaban tan fuertes con albarradas de lodo y adobes, que apenas los tiros derribarlas podían. Cegáronlas con los mesmos adobes y con la tierra, piedras y madera de lo derrocado; quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque mas sangre y ánimo perdían que tierra ganaban. Luego otro dia, por tener paso á tierra, salieron, ganaron y cegarou las otras cuatro puentes de aquella mesma calle, y fueron veinte de caballo corriendo hasta tierra firme, tras los enemigos que huían; y estando Cortés cegando y allanando las puentes y malos pasos para los caballos, llegaron á le decir cómo estaban esperando muchos señores y capitanes que querían paz; por eso que fuese allá, y llevase un tlamacazque, que era de los sacerdotes principales, y estaba preso, para entender en los conciertos della. Cortés fué y lo llevó; tratóse de la paz, y el tlamacazque fué á que dejasen las armas y el cerco del real; empero no tornó. Todo era fingido y por ver qué ánimo tenían los nuestros, ó por cobrar el religioso, ó por descuidarlos. Con tanto, se fueron todos á comer, que era ya hora; mas no fué bien sentado Cortés á la mesa, cuando entraron ciertos de Tlaxcallan dando voces que los enemigos andaban con armas por la calle, y habian cobrado las puentes perdidas, y muerto los mas españoles que las guardaban. Salió luego á la hora con los de caballo que mas á punto estaban, y algunos de á pié; rompió el cuerpo de los adversarios, que muchos eran, y siguiólos hasta tierra. A la vuelta, como los españoles de pié estaban heridos y cansados de pelear y guardar la calle, no pu-

dieron sostener el impetu y golpe de los muchos contrarios que sobre ellos cargaron, y que hincheron tanto la calle, que áína no pudiera tornar á su aposento; y no solo estaba llena la calle de gente, mas aun habia por agua muchas canoas, y los unos y otros apedearon y agarrocharon los nuestros bravísimamente, é hirieron á Cortés muy mal en la rodilla, de dos pedradas, y luego anduvo la fama por toda la ciudad que le habian muerto, que no poco entresteció á los nuestros y alegró á los indios; mas él, aunque herido, animaba los suyos y daba en los enemigos. A la postrera puente cayeron dos caballos, y el uno se soltó, y embarazaron el paso á los que venían detrás. Revolvió Cortés sobre los indios, é hizo al tanto de lugar; y así, pasaron todos los de caballo, y el que fué postrero hubo de saltar con su caballo á muy gran trabajo y peligro, é fué maravilla que no le prendieron; diéronle con todo de pedradas; con que se recogió al real ya bien tarde. En cegando, envió algunos españoles á guardar la calle y ciertas puentes della, porque no las recobrasen los indios ni le fatigasen en casa la noche, que quedaban muy ufanos con el buen suceso del dia; aunque no acostumbran ellos, segun de suso dije, pelear la noche.

Cómo huyó Cortés de Méjico.

Cortés, viendo perdido el negocio, habló á los españoles para que se fuesen, y todos ellos holgaron mucho de oírlo; ea no habia casi ninguno que herido no fuese. Tenían miedo de morir, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque no hicieran sino degollarlos como á carneros, no bastaban. No tenían tanto pan, que se osasen hartar; no tenían pólvora ni pelotas ni almacén ninguno; estaba apertillada la casa, que no pocos se ocupaban en la guardar. Todas eran bastantes estas causas para desamparar á Méjico y amparar sus vidas; aunque, por otra parte, les parecia mal caso volver la cara al enemigo; que las piedras se levantan contra el que huye. Especialmente temían el pasar los ojos de la calzada por do entraron, que tenían quitadas las puentes; así que por un cabo los cercaban duelos y por otros quebrantos. Acordóse pues entre todos que se fuesen, y luego, aquella noche, que era la de Botello; el cual presumia de astrólogo, ó, como lo llamaban, de nigromántico, y que dijera muchos dias antes que si se salían de Méjico á cierta hora señalada de noche, que era esta, se salvarían, y si no, que no. Hora lo creyesen, hora no, todos, en fin, acordaron de irse aquella noche; y para pasar los ojos de la calzada hicieron una puente de madera, que pusiesen y quitasen. Esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los cerceros atapados, y que se quedaron mas de doscientos españoles en el mesmo patio y real, sin saber de la partida; á quien después mataron, sacrificaron y comieron los de Méjico; pues de la ciudad no se podían salir, cuanto mas de una misma casa. Cortés dice que se lo requirieron. Llamó Cortés á Juan de Guzman, su camarero, que abriese una sala do tenia el oro, plata, joyas, piedras, plumas y mantas ricas, para que delante los alcaldes y regidores tomasen el quinto del Rey sus tesoreros y oficiales, y dióles una yegua suya y

hombres que lo llevasen y guardasen; dijo asimismo que cada uno tomase lo que quisiese ó pudiese del tesoro, que él se lo daba. Los de Narvaez, hambrientos de aquello, cargaron de cuanto pudieron; mas caro les costó, porque á la salida, con la carga, no podían pelear ni andar; y así, los indios mataron muchos dellos, arrastraron y comieron. También los de caballo tomaron dello á las ancas; y en fin, todos llevaron algo, que mas habia de setecientos mil ducados; sino que, como estaban en joyas y piezas grandes, hacian gran volumen. El que menos tomó, libró mejor, ca fué sin embarazo y salvóse; y aunque algunos digan que se quedó allí mucha cantidad de oro y cosas, creo que no, porque los tlaxcaltecas y los otros indios dieron saco y se lo tomaron todo. Dió cargo Cortés á ciertos españoles que llevasen á recado á un hijo y dos hijas de Motecuzumá á Cacama, y otro su hermano y á otros muchos señores grandes que tenia presos. Mandó á otros cuarenta que llevasen el ponton, y á los indios amigos la artillería y un poco de centli que habia; puso delante á Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones; dió la rezaga á Pedro de Albarado, y él acudia á todas partes con hasta cien españoles; y así, con esta orden salieron de casa á media noche en punto, y con gran niebla, y muy calladito, por no ser sentidos, y encomendándose á Dios que los sacase con vida de aquel peligro y de la ciudad. Echó Cortés por la calzada de Tlacopan, que habian entrado, y todos le siguieron; pasaron el primer ojo con la puente que llevaban echiza. Las centinelas de los enemigos y las guardas del templo y ciudad sonaron luego sus caracoles, y dieron voces que se iban los cristianos; y en un salto, como no tienen armas ni vestidos que echar encima y los impidan, salió toda la gente tras ellos á los mayores gritos del mundo, diciendo: «¡Mueran los malos, muera quien tanto mal nos ha hecho!» Y ansí, cuando Cortés llegó á echar el ponton sobre el ojo segundo de la calzada, llegaron muchos indios que se lo defendian peleando; pero, en fin, hizo tanto, que lo echó y pasó con cinco de caballo y cien peones españoles, y con ellos aguijó hasta la tierra, pasando á nado las canales y quebradas de la calzada, que su puente de madera ya era perdida. Dejó los peones en tierra con Juan Jaramillo, y tornó con los cinco de caballo á llevar los demás, y á darles priesa que caminasen; pero cuando llegó á ellos, aunque algunos peleaban reciamente, halló muchos muertos. Perdió el oro, el fardaje, los tiros, los prisioneros; y en fin, no halló hombre con hombre ni cosa con cosa de como lo dejó y sacó del real. Recogió los que pudo, echólos delante, siguió tras ellos, y dejó á Pedro de Albarado á esforzar y recoger los que quedaban; mas Albarado no pudiendo resistir ni sufrir la carga que los enemigos daban; y mirando la mortandad de sus compañeros, vió que no podia él escapar si atendia, y siguió tras Cortés con la lanza en la mano, pasando sobre españoles muertos y caidos, y oyendo muchas lástimas. Llegó á la puente cabera, y saltó de la otra parte sobre la lanza; deste salto quedaron los indios espantados y aun españoles, ca era grandísimo, y que otros no pudieron hacer, aunque lo probaron, y se ahogaron. Cortés á esto se paró, y aun se sentó, y no á descansar, sino á hacer

duelo sobre los muertos y que vivos quedaban, y pensar y decir el baque que la fortuna le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, mas temia la venidera, por estar todos heridos, por no saber adónde ir, y por no tener cierta la guarida y amistad en Tlaxcallan; y ¿quién no llorara viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habian? Empero, porque no acabasen de perecer allí los que quedaban, caminando y peleando llegó á Tlacopan, que está en tierra, fuera ya de la calzada. Murieron en el desbarate desta triste noche, que fué á 10 de julio del año de 20 sobre 1500, cuatrocientos y cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos, cuarenta y seis caballos, y creo que todos los prisioneros. Quien dice mas, quien menos; pero esto es lo mas cierto. Si esta cosa fuera de día, por ventura no murieran tantos ni hobiera tanto ruido; mas, como pasó de noche oscura y con niebla, fué de muchos gritos, llantos, alaridos y espanto; ca los indios, como vencedores, voceaban victoria, invocaban sus dioses, ultrajaban los caidos y mataban los que en pie se defendian. Los nuestros, como vencidos, maldecian su desastrada suerte, la hora y quien allí los trujo. Unos llamaban á Dios, otros á santa María, otros decian: «Ayuda, ayuda; que me ahogo.» No sabria decir si murieron tantos en agua como en tierra, por querer echarse á nado ó saltar las quebradas y ojos de la calzada, y porque los arrojaban á ella los indios, no pudiendo apear con ellos de otra manera; y dicen que en cayendo el español en agua, era con él el indio, y como nadan bien, los llevaban á las barcas y donde querian, ó los desbarrigaban. También andaban muchas acalles á raíz de la calzada, peleando, que, como tiraban á bulto, daban á todos, aunque algo devisaban el vestido de los suyos, que parecia encamisada, y eran tantos los de la calzada, que se derribaban unos á otros en agua y á la tierra; y así, ellos se hicieron á sí mismos mas daño que los nuestros, y si no se detuvieran en despojar los españoles caidos, pocos ó ninguno dejaran vivos. De los nuestros tanto mas morian, cuanto mas cargados iban de ropa y de oro y joyas; ca no se salvaron sino los que menos oro llevaban y los que fueron delante ó sin miedo; por manera que los mató el oro y murieron ricos. Acabada que fué de pasar la calzada, no siguieron los indios nuestros españoles, ó porque se contentaron con lo hecho, ó porque no osaron pelear en lugar anchuroso, ó por se poner á llorar los hijos de Motecuzuma, que aun hasta entonces nunca los habian conocido ni sabido que fuesen muertos. Grandes llantos y plañidos hicieron sobre ellos, mesándose las cabezas por los haber ellos muerto.

#### La batalla de Otumpan.

No sabian en Tlacopan, cuando los españoles llegaron, cuán rotos y huyendo iban, y los nuestros se remolinaron en la plaza por no saber qué hacer ni adónde ir. Cortés, que venia detrás para llevar todos los suyos delante, les dió priesa que saliesen al campo á lo llano, antes que los del pueblo se armasen y juntasen con mas de cuarenta mil mejicanos que, acabado el llanto, ve-

nian ya picándole. Tomó la delantera, echó delante los indios amigos que le quedaron, y caminó por unas labradas. Peleó hasta llegar á un cerro alto, donde estaba una torre y templo, que agora llaman por eso Nuestra Señora de los Remedios. Matáronle algunos españoles rezagados y muchos indios primero que arriba subiese; perdió mucho oro de lo que habia quedado, y fué harto librarse de la muchedumbre de enemigos, porque ni los veinte y cuatro caballos que le quedaron podian correr, de cansados y hambrientos, ni los españoles alzar los brazos ni piés del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, ca en todo el día y la noche no habian parado ni comido. En aquel templo, que tenia razonable aposento, se fortaleció. Bebieron, pero no cenaron nada ó muy poco, y estuvieron á ver qué harian tantos indios que por al rededor estaban como en cerco, gritando y arremetiendo, y porque no tenian de comer; guerra peor que la de los enemigos. Hicieron muchos fuegos de la leña del sacrificio, y hácia la media noche, que sentidos no fuesen, se partieron. Mas como no sabian el camino, iban á tienta, sino que un tlaxcalteca los guió, y dijo que llevaria á su tierra si no lo impedian los de Méjico; y con tanto, comenzaron á caminar. Cortés ordenó su gente, puso los heridos y ropa que habia, en medio; los sanos y caballos repartió en vanguardia y retaguardia. No pudieron ir tan quedos, que no los sintieron las escuchas que cerca estaban; las cuales apellidaron luego y vino mucha gente, que los siguió solamente hasta el día. Cinco de caballo, que iban delante á descubrir, dieron en ciertos escuadrones de indios que los aguardaban para robar, y que en viéndolos cuidaron venir allí todos los españoles, y huyeron. Mas reconociendo el poco número, pararon y juntáronse con los que atrás venian, y peleando los siguieron tres leguas, hasta que tomaron los nuestros una cuesta en que estaba otro templo con una buena torre y aposento, do se pudieron albergar aquella noche, mas no cenar. Al alba les dieron los indios un mal rebato; empero fué mas el temor que el daño. Partieron de allí, y fueron á un pueblo grande por fragoso camino, por el cual hicieron poco mal los caballos en los enemigos, y ellos no mucho en los nuestros. Los del lugar huyeron á otro, de miedo; y así, pudieron estar allí aquella y otra noche siguiente, descansar y curar los hombres y bestias; mataron la hambre, y llevaron provision, aunque no mucha, ca no habia quien. Partidos dende, los persiguieron infinidad de contrarios, que los acometian recio y fatigaban. Y como el indio de Tlaxcallan que guiaba no sabia bien el camino, iban fuera del. Al cabo llegaron á una aldea de pocas casas, donde aquella noche durmieron. A la mañana prosiguieron su camino, y tras ellos siempre los enemigos, que los fatigaron todo el día. Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza, ó porque no le curaron bien sacándole cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó. Entróse á curar en un lugar yermo, y luego, porque no le cercasen, sacó dél su gente; y caminando, cargó tanta muchedumbre sobre él, y peleó tan recio, que hirieron cinco españoles y cuatro caballos, uno de los cuales se murió, y le comieron sin dejar, como dicen, pelo ni hueso. Tuviéronla por buena cena, aun-

HA.

que no tuvieron harto para entre tantos. No habia español que de hambre no pereciese. Dejo aparte el trabajo y heridas; cosas que cada una bastaba para los acabar; empero la nacion nuestra española sufre mas hambre que otra ninguna, y estos de Cortés mas que todos, que tiempo aun no tenian para coger yerbas de que comer basto. Luego otro día con la mañana se partieron de aquellas casas; y porque tenia temor de la mucha gente que parecia, mandó Cortés que los de caballo tomasen á las ancas los mas dolientes y heridos, y los no tanto, que de las colas y estribos se asiesen, ó hiciesen muletas y otros remedios para ayudarse y poder andar si no querian quedarse á dar buena cena á los enemigos. Valió mucho este aviso para lo que les avino, y aun tal español hubo que llevó á otro á cuestas, y lo salvó así. A una legua andada, en un llano salieron tantos indios á ellos, que cubrian el campo y que los cercaron á la redonda. Acosaron reciamente, y pelearon de tal suerte, que creyeron los nuestros ser aquel día el último de su vida; ca muchos indios hubo que osaron tomarse con los españoles brazo á brazo y pié con pié; y aunque gentilmente se los llevaban rastro, ora fuese por sobra de ánimo suyo, ora por falta en los nuestros, con los muchos trabajos, hambre y heridas, lástima era muy grande ver de aquella manera llevar á los españoles y oír las cosas que iban diciendo. Cortés, que andaba á una y otra parte confortando los suyos, y que muy bien veia lo que pasaba, encomendóse á Dios, llamó á san Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiólos, llegó al que traia el estandarte real de Méjico, que era capitán general, y dióle dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendon, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendon. Cobraron los nuestros coraje, siguiéronlos á caballo, y mataron infinitos dellos; tantos dicen, que no los oso contar. Los indios eran docientos mil, segun afirman, y el campo do esta batalla fué se dice de Otumpan. No ha habido mas notable hazaña ni vitoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró á todos.

#### El acogimiento que hallaron los españoles en Tlaxcallan.

Habida la vitoria, y cansados de matar indios, se fueron Cortés y sus españoles á dormir á una casa puesta en llano, de la cual se parecian ciertas sierras de Tlaxcallan, que no poco los alegraron, aunque por parte les puso en cuidado si les serian amigos en tal tiempo hombres tan guerreros como los de allí; porque el desdichado, el vencido y que huye, ninguna cosa halla en su favor; todo le sale mal ó al revés lo que piensa y ha menester. Cortés aquella noche fué atalaya de los suyos; y no tanto por estar mas sano ó descansado que los compañeros, sino porque siempre queria que fuese igual el trabajo á todos, como era comun el daño y pérdida. Siendo de día caminaron por tierra llana derecho

a las sierras y provincia de Tlaxcallan. Pasaron por una fuente muy buena, do se refrescaron, que segun los indios amigos dijeron, partia términos entre mejicanos y tlaxcaltecas. Fueron á Huacilipan, lugar de Tlaxcallan y de cuatro mil vecinos, donde muy bien recibidos fueron, y proveidos tres dias que en él estuvieron descansando y curándose. Algunos del pueblo no quisieron darles nada sin que se lo pagasen; empero los mas muy bien lo hicieron con ellos. Aquí vinieron Maxixca, Xicotencatl, Acxotecatl, y otros muchos señores de Tlaxcallan y Huexocinco, con cincuenta mil hombres de guerra, los cuales iban á Méjico á socorrer los españoles, sabiendo las revueltas, y no la salida, daño y pérdida que llevaban. Otros dicen que sabiendo cómo venian destrozados y huyendo, los salieron á consolar y á convidar á su pueblo, de parte de la república. En fin, ellos mostraron pena de verlos así, y placer por hallarlos allí. Lloraban y decian: «Bien vos lo dijimos y avisamos, que mejicanos eran malos y traidores, y no lo creistes; pésanos de vuestro mal y desastre. Si quereis, vamos allá, y vengemos esta injuria y las pasadas, y las muertes de vuestros cristianos y de nuestros ciudadanos; y si no, id vos con nosotros, que en nuestras casas os curaremos.» Cortés se alegró grandemente de hallar aquel amparo y amistad en tan buenos hombres de guerra; lo que venia dudando. Agradeciéoles, como era razon, su venida y voluntad; dióles de las joyas que quedaron, algunas; díjoles que tiempo habria para emplearlos contra los de Méjico, y que al presente era necesario curar los enfermos. Aquellos señores le rogaron que, pues no queria tornar á Méjico, les dejase salir á combatirse con los de Culúa, que aun andaban muchos por allí, dicen que mas por robar que por otra cosa. Él les dió algunos españoles que sanos ó poco heridos estaban; con que fueron, pelearon, y mataron muchos dellos, y de ahí adelante no parecieron mas los enemigos. Luego se partieron muy alegres y vitoriosos á su ciudad, y tras ellos los nuestros. Sacáronles al camino de comer, á lo que dicen, veinte mil hombres y mujeres; pienso que los mas salieron por verlos; tanto era el amor y afición que les tenian; ó por saber de los suyos que habian ido á Méjico, mas pocos tornaban. En Tlaxcallan fueron bien recibidos y tratados; ca Maxixca dió su casa y cama á Cortés, y á los demás españoles hospedaron los caballeros y principales personas de la ciudad, y les hicieron mil regalos; de los cuales tanto mas gozaron, cuanto mas destrozados venian; y creo que no habian dormido en camas quince dias atrás. Mucho se debe á los de Tlaxcallan por su lealtad y ayuda, especialmente á Maxixca, que arrojó por las gradas abajo del templo mayor á Xicotencatl, porque aconsejó al pueblo que matasen los españoles para reconciliarse con mejicanos; é hizo dos oraciones, una á los hombres y otra á las mujeres, en favor de los españoles, diciendo que no habian comido sal ni vestido algodón en muchos años, sino después que ellos eran sus amigos. Tambien se preciaban mucho ellos mismos de aquesto, y de la resistencia y batalla que dieron á Cortés en Teocacincinco; y así, cuando hacen fiestas ó reciben algun virey, salen al campo sesenta ó setenta mil dellos á escaramuzar, y pelean como pelearon con él.

El requerimiento que los soldados hicieron á Cortés.

Habia Cortés dejado allí en Tlaxcallan, al tiempo que se partió á Méjico á verse con Moteczuma, veinte mil pesos de oro, y aun mas que, después de sacado y enviado el quinto al Rey con Montejo y Portocarrero, se quedaron sin repartir, con las cortesias que hubo entre él y los compañeros. Dejó tambien las mantas y cosas de pluma, por no llevar aquel embarazo y carga adonde no era menester, y dejólo allí por ver cuán amigos y buenos hombres eran aquellos; y á efecto que, si en Méjico no le faltasen dineros, de enviarlos á la Veracruz á repartir entre los españoles que allí quedaban por guarda y pobladores, pues era razon darles parte de lo que hubiesen. Cuando después tornó con la vitoria de Narvaez, escribió al capitán que enviase por aquella ropa y oro, y lo repartiase entre sus vecinos, á cada uno como merecia. El capitán envió por ello cincuenta españoles con cinco caballos, los cuales á la vuelta fueron presos con todo el oro y ropa, y muertos á manos de gente de Culúa, que con la venida y palabras del Pánfilo anduvieron levantados y robando muchos dias. Mucho sintió Cortés, cuando lo supo, tanta pérdida de españoles y de oro. Y temiendo no les hubiese entrevenido algun semejante mal ó guerra á los españoles de Veracruz, envió luego allá un mensajero; el cual, como volvió, dijo que todos estaban sanos y buenos, y los comarcanos seguros y pacíficos; de que muy gran contentamiento tuvo Cortés, y aun los demás, que deseaban ir allá, y él no les dejaba; por lo cual todos bramaban y murmuraban dél diciendo: «¿Qué piensa Cortés? Qué quiere hacer de nosotros? ¿Por qué nos quiere tener aquí, donde muramos mala muerte? ¿Qué le merecemos para que no nos deje ir? Estamos descalabrados, tenemos los cuerpos llenos de heridas, podridos, con llagas, sin sangre, sin fuerza, sin vestidos, vémonos en tierra ajena, pobres, flacos, enfermos, cercados de enemigos, y sin esperanza ninguna de subir donde caimos. Harto locos sandios seriamos si nos dejásemos meter en otro semejante peligro como el pasado. No queremos morir locamente como él, que con la insaciable sed que de gloria y mando tiene, no estima su muerte, cuanto mas la nuestra, y no mira que le faltan hombres, artillería, armas y caballos, que hacen la guerra en esta tierra, y que le faltará la comida, que es lo principal. Yerra, y de verdad mucho lo yerra, en confiarse destos de Tlaxcallan, gente, como todos los indios son, liviana, mudable, de novedades amiga, y que querrá mas á los de Culúa que á los de España; y que si bien agora disimulan y temporizan con él, en viendo ejército de mejicanos, sobre sí, nos entregarán vivos á que nos coman y sacrifiquen; ca cierto es que nunca pega bien ni dura amistad entre personas de diferente religion, traje y lenguaje.» Tras estas quejas, hicieron un requerimiento á Cortés en forma, de parte del Rey y en nombre de todos, que sin poner excusa ni dilacion saliese luego de allí, y se fuese á la Veracruz antes que los enemigos atajasen los caminos, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y se quedasen ellos allí aislados y vendidos; pues que muy mejor aparejo podia tener allá para relacerse si queria tornar sobre Méjico, ó para embarcarse

si necesario fuese. Algo turbado y confuso se halló Cortés con este requerimiento, y con la determinacion que tenian, conoció que todo era por sacarlo de allí, y después hacer dél lo que quisiesen; y como iba muy fuera de su propósito, respondiéoles así.

Oracion de Cortés en respuesta del requerimiento.

«Yo, señores, haria lo que me rogais y mandais, si os cumpliese; ca no hay ninguno de vosotros, cuanto mas todos juntos, por quien no ponga mi hacienda y vida si lo ha menester, pues á ello me obligan cosas que, si no soy ingrato, jamás las olvidaré. Y no penseis que no haciendo esto que ahincadamente pedis desminuyo ó desprecio vuestra autoridad, pues muy cierto es que con hacer al contrario la engrandezco y le doy mayor reputacion; porque yéndonos se acabaria, y quedando, no solo se conserva, mas se acrecienta. ¿Qué nacion de las que mandaron el mundo no fué vencida alguna vez? ¿Qué capitán, de los famosos digo, se volvió á su casa porque perdiese una batalla ó le echasen de algun lugar? Ninguno ciertamente; ca si no perseverara no saliera vencedor ni triunfara. El que se retira, huyendo parece que va, y todos le chillan y persiguen; al que hace rostro, muestra ánimo y está quedo, todos le favorecen ó temen. Si nos salimos de aquí pensarán estos nuestros amigos que de cobardes lo hacemos, y no querrán mas nuestra amistad; y nuestros enemigos, que de medrosos; y así, no nos temerán, que seria harto menoscabo de nuestra estimacion. ¿Hay alguno de nosotros que no tuviese por afrenta si le dijese que huyó? Pues cuantos mas somos tanto mayor vergüenza seria. Maravillome de la grandeza de vuestro invencible corazon en batallar, que soleis ser codiciosos de guerra cuando no la teneis, y bulliciosos teniéndola; y agora que se vos ofrece tal y tan justa y tan loable, la rehusais y temeis: cosa muy ajena de españoles y muy fuera de vuestra condicion. ¿Por ventura la dejais porque á ella os llama y convida quien mucho blasona del arnés y nunca se le viste? Nunca hasta aquí se vió en estas Indias y Nuevo-Mundo, que españoles atrás un pié tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen, y ¿quereis que digan: «Cortés y los suyos se tornaron estando seguros, hartos y sin peligro»? Nunca Dios tal permita. Las guerras mucho consisten en la fama; pues ¿qué mayor que estar aquí en Tlaxcallan, á despecho de vuestros enemigos, y publicando guerra contra ellos, y que no osen venir á enojarnos? Por donde podeis conocer cómo estáis aquí mas seguros y fuertes que fuera de aquí. Por manera que en Tlaxcallan tenéis seguridad, fortaleza y honra; y sin esto, todo buen aparejo de medecinas necesarias y convenientes á vuestra cura y salud, y otros muchos regalos con que cada dia is de mejoría, que callo, y que donde nacistes no los ternades tales. Yo llamaré á los de Cozacacoalco y Almería, y así seremos muchos españoles; y aunque no viniesen, somos hartos; que menos éramos cuando por esta tierra entramos, y ningun amigo teniamos; y como bien sabeis, no pelea el número, sino el ánimo; no vencen los muchos, sino los valientes. E yo he visto que uno desta compañía ha desbaratado un ejército, como hizo Jonatás, y muchos, que cada uno por sí ha vencido

mil y diez mil indios, segun David contra los filisteos. Caballos presto me vernán de las islas; armas y artillería luego traerémos de la Veracruz, que hay harta y está cerca. De las vituallas perded temor y cuidado, que yo proveeré abundantísimamente; cuanto mas que siempre siguen ellas al vencedor y que señorea el campo, como harémos nosotros con los caballos. Por los desta ciudad, yo fiador que os sean leales, buenos y perpetuos amigos; que así me lo prometen y juran. Y si otra cosa quisiesen, ¿cuándo mejor tiempo ternán que han tenido estos dias, que yaciamos dolientes en sus camas y propias casas, solos, mancos y, como decis, podridos; los cuales no solamente os ayudarán como amigos, empero tambien os servirán como criados; que mas quieren ser vuestros esclavos que súbditos de mejicanos: tanto odio les tienen, y á vosotros tanto amor. Y porque veais ser esto y todo lo que dicho tengo, así quiero probarlos y probaros contra los de Tepeacac, que mataron los otros dias doce españoles; y si mal nos sucediere la ida, haré lo que pedis; y si bien, haréis lo que os ruego.»

Con esta plática y respuesta perdieron el antojo que de irse de Tlaxcallan á la Veracruz tenian, y dijeron que harian cuanto mandase. La causa dello debió ser aquella esperanza que les puso para después de la guerra de Tepeacac; ó mejor diciendo, porque nunca el español dice á la guerra de no, que lo tiene por deshonra y caso de menos valer.

La guerra de Tepeacac.

Quedó Cortés muy descansado con esto, y libre de aquel cuidado que tanto le fatigaba; y verdaderamente, si él hiciera lo que los compañeros querian, nunca recobrará á Méjico; y ellos fueran muertos por el camino, ca tenian malos pasos de pasar, é ya que pasaran, tampoco repararan en la Veracruz, sino fuéranse, como tenian la intencion, á las islas; y así, Méjico se perdiera de veras, y Cortés quedara destruido y con poca reputacion. Mas él, que muy bien lo entendió, tuvo el esfuerzo y cordura que contado habemos. Cortés curó de sus heridas y los compañeros tambien de las suyas. Algunos españoles murieron por no haber curado á los principios las llagas, dejándolas sucias ó sin atar, y de flaqueza y trabajo, segun cirujanos decian. Otros quedaron cojos, otros mancos, que no chica lástima y pérdida era. Los mas, en fin, guarecieron y sanaron muy bien; y así, pasados veinte dias que allí llegaron, ordenó Cortés de hacer guerra á los de Tepeacac ó Tepeacac, pueblo grande y no léjos, porque habian muerto doce españoles que venian de la Veracruz á Méjico, y porque siendo de la liga de Culúa, les ayudaban mejicanos, y hacian daño en tierra de Tlaxcallan, como decia Xicotencatl. Rogó á Maxixca y á otros señores de aquellos, que se fuesen con él. Ellos lo comunicaron con la república, y á consejo y voluntad de todos, le dieron mas de cuarenta mil hombres de pelea, y muchos tamemes para cargar, y con bastimentos y otras provisiones. Fué pues con aquel ejército y con los caballos y españoles que pudieron caminar. Requirióles que, en satisfacion de los doce españoles, fuesen sus amigos, obedeciesen al Emperador, y no

acogiesen mas en sus casas y tierra mejicano ninguno ni hombre de Culúa. Ellos respondieron que si mataron españoles fué con justa razon, pues en tiempo de guerra quisieron pasar por su tierra por fuerza y sin demandar licencia, y que los de Culúa y Méjico eran sus amigos y señores, y no dejarían de tenerlos en sus casas siempre que á ellas venir quisiesen, y que no querían su amistad ni obedecer á quien no conocían; por tanto, que se tornase luego á Tlaxcallan si no deseaba la muerte. Cortés les convidó con la paz otras muchas veces, y como no la quisieron, dióles guerra muy de veras. Los de Tepéacac, con los de Culúa, que tenían en su favor, estaban muy bravos. Tomaron los pasos fuertes y defendieron la entrada, y como eran muchos, y entre ellos habia de valientes hombres, pelearon muy bien y muchas veces. Mas al cabo fueron vencidos y muertos sin matar español, aunque mataron muchos tlaxcaltecas. Los señores y república de Tepeacac, viendo que sus fuerzas ni las de mejicanos no bastaban á resistir los españoles, se dieron á Cortés por vasallos del Emperador, á partido que eclarían de toda su tierra á los de Culúa, y le dejarían castigar como quisiese á los que mataron los españoles; por lo cual Cortés, y porque estuvieron muy rebeldes, hizo esclavos á los pueblos que se hallaron en la muerte de aquellos doce españoles, y dellos sacó el quinto para el Rey. Otros dicen que sin partido los tomó á todos, y castigó así aquellos en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos, por putos, por idólatras, porque comen carne humana, por rebeldía que tuvieron, porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque, si así no los trataba, luego se rebelarían. Como quiera que ello fué, él los tomó por esclavos, y á poco mas de veinte dias que la guerra duró, domó y pacificó aquella provincia, que es muy grande. Echó de ella á los de Culúa, derribó los ídolos, obedecieronle los señores, y por mayor seguridad fundó una villa, que llamó Segura de la Frontera, y nombró cabildo que la guardase, para que, pues el camino de la Veracruz á Méjico es por allí, fuesen y viniesen seguros los españoles ó indios. Ayudaron en esta guerra como amigos verdaderos los de Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla, y dijeron que así harían contra Méjico, é aun mejor. Con esta vitoria cobraron ánimo los españoles y muy gran fama por toda aquella comarca, que los tenía por muertos.

Cómo se dieron á Cortés los de Huacacholla, matando á los de Culúa.

Estando Cortés en Segura, le vinieron unos mensajeros del señor de Huacacholla secretamente á decirle que se le daría con todos sus vasallos si los libraba de la servidumbre de los de Culúa, que no solo les comían sus haciendas, mas les tomaban sus mujeres, y les hacían otras fuerzas y demasías; y que en la ciudad estaban aposentados los capitanes con muchos otros soldados, y por las aldeas y comarca. Y en Mexinca, que cerca era, habia otros treinta mil para le defender la entrada á tierra de Méjico, y si mandaba que fuese ó enviase españoles, y podría con su ayuda tomar á manos aquellos capitanes. Muy mucho se alegró Cortés con tal mensajería; y cierto, era cosa de alegrar, porque

comenzaban á ganar tierra y reputacion mas de lo que pensaban poco antes los suyos. Loó al Señor, honró los mensajeros, dióles mas de treientos españoles, trece de caballo, treinta mil tlaxcaltecas y de los otros indios amigos que tenia en su ejército, y enviólos. Ellos fueron á Chololla, que está ocho leguas de Segura, y luego, caminando por tierra de Huexocinco, dijo uno de allí á los españoles que iban vendidos; porque era trato doble entre Huacacholla y Huexocinco, llevarlos así para matarlos allí en su lugar, que era fuerte, por contentar á los de Culúa, con quien estaban recién confederados y amigos. Andrés de Tapia, Diego de Ordás y Cristóbal de Olid, que eran los capitanes, ó por miedo, ó por mejor entender el caso, prendieron los mensajeros de Huacacholla y los capitanes y personas principales de Huexocinco que iban con él, y volviéronse á Chololla, y de allí enviaron los presos á Cortés con Domingo García de Albuquerque, y una carta en que le avisaban del negocio, de cuán atemorizados quedaban todos. Cortés, como leyó la carta, habló y examinó los prisioneros, y averiguó que sus capitanes habian mal entendido; porque, como era de concierto que aquellos mensajeros tenían de meter los nuestros sin ser sentidos en Huacacholla y matar á los de Culúa, entendieron que querían matar á los españoles, ó aquel les engañó que se lo dijo. Soltó y satisfizo los capitanes y mensajeros que estaban quejosos, y fuése con ellos, porque no aconteciese algun desastre en sus compañeros, y porque se lo rogaron. El primer dia fué á Chololla, y el segundo á Huexocinco. Allí concertó con los mensajeros el cómo y el por dónde habia de entrar en Huacacholla, y que los de la ciudad cerrasen las puertas del aposento de los capitanes, para que mejor y mas presto los prendiesen ó matasen. Ellos se partieron aquella noche, é hicieron lo prometido, ca engañaron las centinelas, cercaron á los capitanes y pelearon con los demás. Cortés se partió una hora primero que amaneciese, y á las diez del dia ya estaba sobre los enemigos, y poco antes de entrar en la ciudad salieron á él muchos vecinos con mas de cuarenta prisioneros de Culúa, en señal que habian cumplido su palabra, y llevaronle á una gran casa donde estaban cerrados los capitanes, y peleando con tres mil del pueblo que los tenían cercados y en aprieto. Con su llegada cargaron unos y otros sobre ellos con tanta furia y muchedumbre, que ni él ni los españoles estorbar pudieron que no los matasen casi todos. De los otros murieron muchos antes que Cortés llegase, y llegado, huyeron hácia los otros de su guarnicion, que ya venían treinta mil dellos á socorrer sus capitanes; los cuales llegaron á poner fuego á la ciudad al tiempo que los vecinos estaban ocupados y embebecidos en combatir y matar enemigos. Como Cortés lo supo, salió á ellos con los españoles. Rompiólos con los caballos, y retrájolos á una bien alta y grande cuesta; en la cual, cuando de subir acabaron, ni ellos ni los nuestros se podían rodear; y así, estancaron dos caballos, y el uno murió, y muchos de los enemigos cayeron en el suelo, de puro cansados y sin herida ninguna, y se abogaron de calor; y como luego sobrevinieron nuestros amigos, y comenzaron de refresco á pelear, en chiquito estaba el campo vacío de vivos y lleno de muertos.

Tras esta matanza, los de Culúa desampararon sus estancias, y los nuestros fueron allá y las quemaron y saquearon. Fué de ver el aparato y vituallas que en ellas tenían, y cuán aderezados ellos andaban de oro, plata y plumajes. Traían lanzas mayores que picas, pensando con ellas matar los caballos; y á la verdad, si lo supieran hacer, bien pudieran. Tuvo Cortés este dia en campo mas de cien mil hombres con armas, y tanto era de maravillar la brevedad con que se juntaron, cuanto la muchedumbre. Huacacholla es lugar de cinco mil y mas vecinos. Está en llano y entre dos rios, que, con las muchas y hondas barrancas que tienen, hacen pocas entradas al lugar, y aquellas tan malas, que apenas se puede subir á caballo. La cerca es de cal y canto, ancha, alta cuatro estados, con su petril para pelear, y con solas cuatro puertas estrechas, largas y de tres vueltas de pared. Muchas piedras por todo para tirar; así que con poca defensa la guardaran los de Culúa, si aviso tuvieran. A la una parte tiene muchos cerros harto ásperos, y á la otra gran llanura y labranza. En el término y jurisdiccion habrá otra tanta vecindad. Tres dias estuvo Cortés en Huacacholla, y allí le enviaron ciertos mensajeros de Ocopaxtlan, que está á cuatro leguas y junto al volcan, que llaman Popocatepec, á dársele, y á decir cómo su señor se habia ido con los de Culúa, y le rogaban que tuviese por bien lo fuese un su hermano que le era muy aficionado, y amigo de españoles. El los recibió en nombre del Emperador, y les dejó tomar al que pidian por señor, y partióse.

La toma de Izcuzan.

Estando en Huacacholla Cortés, le dijeron cómo en Izcuzan, cuatro leguas de allí, habia gente de Culúa que lo amenazaba y que hacia daño á sus amigos; fué allá, entró por fuerza, lanzó fuera los enemigos, unos por las puertas, otros saltando por los adarves. Siguiólos legua y media; prendió muchos, y en fin, de seis mil que eran los que guardaban el pueblo, pocos escaparon de sus manos y de un rio que cerca de la ciudad pasa, en el cual se ahogaron muchos, por haberle cortado la puente para su seguridad y fortaleza. De los nuestros, los de caballo pasaron presto, mas los otros mucho se detuvieron. Ya Cortés entonces tenia ciento y veinte mil combatientes, y mas gente, que con la fama y victoria concurrían á su ejército de muchas ciudades y provincias. Izcuzan es lugar de trato, especial de fruta y algodón. Tiene tres mil casas, buenas calles, cien templos con cien torres, y una fortaleza en un cerrillo; lo demás está en llano. Pasa por allí un rio que la cerca de grandes barrancos; en los cuales, y al rededor, hay una pared de piedra con su petril, en que tenían muchos ruegos. Está cerca un buen valle, redondo, fértil y que se riega con acequias hechas á mano. El pueblo quedó desierto de gente y ropa, que pensando defenderlo, se habian ido todos á lo alto y espeso de la sierra que junto está. Los indios amigos de Cortés tomaron lo que hallaron, y él quemó los ídolos y aun las torres. Soltó dos presos que fuesen á llamar al señor y vecinos, dándoles su fe de no les hacer mal. Por este seguro y porque todos deseaban volver á sus casas, pues españoles no hacían enojo á quien se les daba, vinieron

al tercer dia ciertos principales del pueblo á darse y á pedir perdón por todos. Cortés los perdonó y recibió; y así, dentro de dos dias estaba Izcuzan tan poblada como antes, y los presos sueltos; salvo es que el señor no quiso venir, de temor, ó por ser pariente del señor de Méjico; y á esta causa hubo debate entre los de Izcuzan y de Huacacholla sobre quién seria señor, que los de Izcuzan querían que lo fuese un hijo bastardo de un su señor que Moteczuma matara. Los otros decían que fuese un nieto del ausentado, porque era hijo del señor de Huacacholla. En fin, Cortés interpuso su autoridad, y acordaron que fuese este, y no el bastardo, por ser legítimo y pariente muy cercano de Moteczuma por via de mujer; que, como en otro lugar se dirá, es de costumbre en esta tierra que hereden al padre los hijos que tiene en parientas de los reyes de Méjico, aunque tenga otros mayores; y como era niño de diez años, mandó Cortés que lo tuviesen y criasen y gobernasen dos caballeros de Izcuzan y uno de Huacacholla. Estando apaciguando esta diferencia y tierra, vinieron embajadores de ocho pueblos de la provincia de Claixtomacan, que está lejos de allí cuarenta leguas, á ofrecer gente á Cortés y á dársele, diciendo que no habian muerto español ninguno, ni tomado armas contra él. Era tanta su nombradía, que corría por muchas tierras, y todos lo tenían por mas que hombre; y así, le venían á porfia de muchas partidas embajadas; mas, porque no fueron de tan aparte como esta, no se cuentan.

La mucha autoridad que Cortés tenía entre los indios.

Hechas todas estas cosas, se tornó Cortés á Segura, y cada indio á su casa, sino los que sacó de Tlaxcallan; y de allí, por no perder tiempo para la guerra de Méjico ni ocasion en las demás, pues le sucedían tan prósperamente, despachó un criado suyo á la Veracruz, que con cuatro navios que allí estaban de la flota de Pánfilo, fuese á Santo Domingo por gente, caballos, espadas, ballestas, artillería, pólvora y municion; por paño, lienzo, zapatos y otras muchas cosas. Escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa sobrello y á la Audiencia, dándole cuenta de sí y de lo que habia hecho después que echado fué de Méjico, y pidiéndole favor y ayuda para que aquel su criado trajese buen recado y presto. Envió asimismo veinte de caballo y docientos españoles y mucha gente de amigos á Zacatami y Xalaxinco, tierras sujetas á mejicanos, y en camino para venir de la Veracruz, que estaban dias habia en armas, y habian muerto ciertos españoles pasando por allí. Ellos fueron allá, hicieron sus protestos y amonestaciones, pelearon, y aunque se templaron, hubo muertes, fuego y saco. Algunos señores y muchos principales hombres de aquellos pueblos vinieron á Cortés, tanto por fuerza como por ruegos, á dársele, pidiendo perdón, y prometiendo de no tomar otra vez armas contra españoles. El los perdonó y envió amigos; y así, se volvió el ejército. Cortés, por tener la Navidad, que era de ahí á doce dias, en Tlaxcallan, dejó un capitán con sesenta españoles en aquella nueva villa de Segura de la Frontera, á guardar el paso. Y por amedrentar los pueblos comarcanos envió delante todo su ejército, y él fuése con veinte de caballo á dormir á Colunan, ciudad amiga y

que tenía deseo de verlo y hacer con su autoridad muchos señores y capitanes en lugar de los que habían muerto de viruelas. Estuvo en ella tres días, en los cuales se declararon los nuevos señores, que después le fueron muy amigos. Al otro día llegó á Tlaxcallan, que hay seis leguas, donde fué triunfalmente recibido. Y cierto él hizo entonces una jornada dignísima de triunfo. Era ya fallecido su gran amigo Maxixca con las viruelas del negro de Pánfilo de Narvaez, de que hizo sentimiento con luto, á fuer de España. Dejó hijos, y al mayor, que sería de doce años, nombró por señor del estado del padre, á ruego también de la república, que dijo pertenecerle. No pequeña gloria es suya dar y quitar señoríos, y que tanto respeto le tuviesen ó temor, que nadie osase sin su licencia y voluntad aceptar la herencia y estado de los padres. Entendió Cortés en que las armas de todos se aderezasen muy bien. Dió priesa en hacer bergantines, que ya la madera estaba cortada de antes que fuese á Tepeacac. Envió á la Veracruz por velas, jarcia, clavazon, sogas y las otras cosas necesarias que allá había de los navíos que echó al través. Y porque faltaba pez, y en aquella tierra ni la conocen ni usan, mandó á ciertos españoles marineros que la hiciesen en una sierra que cerca de la ciudad está.

Los bergantines que hizo labrar Cortés, y los españoles que juntó contra Méjico.

Era tanta la fama de la prosperidad y riqueza de Cortés al tiempo que tenía en su poder á Moteczuma, y con la victoria de Pánfilo de Narvaez, que todos los españoles de Cuba, Santo Domingo y las otras islas se iban á él de veinte en veinte y como podían, aunque muchos fueron que les costó la vida; ca en el camino los mataron hombres de Tepeacac y Xalacincó, según dicho queda, y otros, que por verlos venir en pequeñas cuadrillas y estar Cortés lanzado de Méjico, se les atrevían. Todavía llegaron á Tlaxcallan tantos, que se rehizo mucho su ejército, y que le dieron ánimo de apresurar la guerra. No podía Cortés tener espías en Méjico, que luego conocían allá á los tlaxcaltecas en los bezos y orejas y en otras señales; y tenían mucha guarda y pesquisa sobre ello; y así no sabía las cosas de aquella ciudad tan por entero como deseaba para proveerse de lo necesario. Solamente le había dicho un capitán de Culúa, que fué preso en Huacacholla, cómo por muerte de Moteczuma, era señor de Méjico su sobrino Cuellauac, señor de Iztacpalapan, hombre astuto y valiente, y el que le había hecho la guerra y echado de Méjico; el cual se fortalecía con cavas y albarradas y de muchas maneras de armas, especial de lanzas muy largas como las que se hallaron en los ranchos de la guarnición de Culúa, que estaba en lo de Huacacholla y Tepeacac, para ofensa de los caballos; y que soltaba los tributos y todo pecho por un año, y por más el tiempo que la guerra durase, á todos los señores y pueblos á él sujetos, si matasen los españoles ó los echasen de sus tierras, cosa con que ganó mucho crédito entre sus vasallos, y que les puso ánimo de resistir y aun ofender á los españoles. Y no fué mal aviso el de las lanzas, si los que las habían de traer en la guerra tuvieran destreza para esperar y herir con ellas á los ca-

ballos. Todo era verdad lo que el cautivo dijo, sino que Cuellauac era ya fallecido de viruelas, y reinaba Cuahutimocin, sobrino, y no hermano, como algunos dicen, de Moteczuma; hombre muy valiente y guerrero, según después dirémos, y que envió sus mensajeros por toda la tierra, unos á quitar los tributos á sus vasallos, y otros á dar y prometer grandes cosas á los que no lo eran, diciendo cuán más justo era seguir y favorecerle á él que no á Cortés, ayudar á los naturales que á los extranjeros, y defender su antigua religión que acoger la de los cristianos, hombres que se querían hacer señores de lo ajeno; y tales, que si no les defendían luego la tierra, no se contentarían con la ganar toda, mas que tomarían la gente por esclavos, y la matarían; que así le estaba certificado. Mucho animó Cuahutimocin los indios contra españoles con estas mensajerías; y así, unos le enviaron ayuda, y otros se pusieron en armas; empero muchos dellos no curaron de aquello; y ó acostaban á los nuestros y á Tlaxcallan, ó estaban quedos, por miedo ó por fama de Cortés, ó por odio que á mejicanos tenían. Viendo pues esto, acuerda Cortés de comenzar luego la guerra y camino de Méjico, antes que se resfriasen los indios que le seguían, ó los españoles, que con el buen suceso en las guerras pasadas de Tepeacac y las otras provincias no se acordaban de las islas: tanto puede una buenandanza. Hizo alarde de los suyos segundo día de Navidad. Halló cuarenta de caballo y quinientos y cuarenta de á pie, los ochenta con ballestas ó escopetas, y nueve tiros con mucha pólvora. De los caballos hizo cuatro escuadras, á diez cada una, y de los peones nueve cuadrillas, á sesenta compañeros por una. Nombró capitanes y oficiales del ejército, y á todos juntos les habló así.

Cortés á los suyos.

« Muchas gracias doy á Jesucristo, hermanos míos, que os veo ya sanos de vuestras heridas y libres de enfermedad. Pláceme mucho de veros así armados y ganosos de revolver sobre Méjico á vengar la muerte de nuestros compañeros y á cobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios haréis en breve tiempo, por ser de nuestra parte Tlaxcallan y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, y los enemigos los que suelen, y por la fe cristiana que imos á publicar. Los de Tlaxcallan y los otros que nos han siempre seguido están prestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar á los mejicanos como nosotros; ca en ello no solo les va la honra, mas la libertad y aun la vida también; porque si no venciésemos, ellos quedaban perdidos y esclavos; que los de Culúa peor los quieren que á nosotros, por nos haber recogido en su tierra, á cuya causa jamás nos desampararán, y con tino procurarán de servirnos y proveernos, y aun de atraer sus vecinos á nuestro favor. Y ciertamente lo hacen tan bien y cumplido como al principio me lo prometieron é yo vos lo certifiqué; ca tienen á punto de guerra cien mil hombres para enviar con nosotros, y gran número de tamemes, que nos lleven de comer, la artillería y fardaje. Vosotros pues los mismos sois que siempre fuistes; y que siendo yo vuestro capitán, habéis vencido muchas batallas, peleando con ciento y

con docientos mil enemigos, ganado por fuerza muchas y fuertes ciudades, y sujetado grandes provincias, no siendo tantos como agora estáis. Y aun cuando en esta tierra entramos no éramos más, ni al presente somos más menester por los muchos amigos que tenemos; é ya que los no tuviésemos, sois tales, que sin ellos conquistariades toda esta tierra, dándoos Dios salud; que los españoles al mayor temor osan; pelear tienen por gloria, y vencer por costumbre. Vuestros enemigos ni son más ni mejores que hasta aquí, según lo mostraron en Tepeacac y Huacacholla, Izcuza y Xalacincó, aunque tienen otro señor y capitán; el cual, por más que ha hecho, no ha podido quitarnos la parte y pueblos desta tierra que le tenemos; antes allá en Méjico, donde está, teme nuestra ida y nuestra ventura; que, como todos los suyos piensan, hemos de ser señores de aquella gran ciudad de Tenuchtitlan. Y mal contada nos sería la muerte de Moteczuma si Cuahutimoc quedase con el reino. Y poco nos haría al caso, para lo que pretendemos, todo lo al sí á Méjico no ganamos; y nuestras vitorias serían tristes si no vengamos á nuestros compañeros y amigos. La causa principal á que venimos á estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco. Derrocamos los ídolos, estorbamos que no sacrificasen ni comiesen hombres, y comenzamos á convertir indios aquellos pocos días que estuvimos en Méjico. No es razón que dejemos tanto bien comenzado, sino que vamos á do nos llama la fe y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo; que si bien os acordais, los de aquella ciudad, no contentos de matar infinidad de hombres, mujeres y niños delante las estatuas en sus sacrificios por honra de sus dioses, y mejor hablando, diablos, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, defienden y castigan. Allende desto, cometen sin pena ni vergüenza el maldito pecado por que fueron quemadas y asoladas aquellas cinco ciudades con Sodoma. Pues ¿qué mayor ni mejor premio desearía nadie acá en el suelo que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fe, publicando el santo Evangelio? Ca pues vamos ya, sírvanos á Dios, honremos nuestra nación, engrandezcamos nuestro rey, y enriquezcamos nosotros; que para todo es la empresa de Méjico. Mañana, Dios mediante, comenzaremos.»

Todos los españoles respondieron á una con muy grande alegría que fuese mucho en buen hora; que ellos no le faltarian. Y tanto hervor tenían, que luego se quisieran partir, ó porque son españoles de tal condición, ó arregostados al mando y riquezas de aquella ciudad, de que gozaron ocho meses.

Hizo luego tras esto pregonar ciertas ordenanzas de guerra, tocantes á la buena gobernación y orden del ejército, que tenía escritas, entre las cuales eran estas:

Que ninguno blasfemase el santo nombre de Dios.

Que no riñese un español con otro.

Que no jugasen armas ni caballo.

Que no forzasen mujeres.

Que nadie tomase ropa ni cativase indios, ni hiciese

correrías, ni saquease sin licencia suya y acuerdo del cabildo.

Que no injuriasen á los indios de guerra amigos, ni diesen á los de carga.

Puso, sin esto, tasa en el herraje y vestidos, por los excesivos precios en que estaban.

Cortés á los de Tlaxcallan.

Otro día siguiente llamó Cortés á todos los señores, capitanes y personas principales de Tlaxcallan, Huexocincó, Chololla, Chalco, y de otros pueblos que allí estaban, y por sus farautes les dijo:

« Señores y amigos míos, ya sabéis la jornada y camino que hago. Mañana, placiendo á Dios, me tengo de partir á la guerra y cerco de Méjico, y entrar por tierra de mis enemigos y vuestros. Lo que vos ruego delante todos es que estéis ciertos y constantes en la amistad y concierto que entre nosotros está hecho, como hasta aquí habeis estado, y como de vosotros público y confío; y porque no podría yo acabar tan presto esta guerra, según mis deseos ni según vuestro deseo, sin tener estos bergantines que aquí se están haciendo, puestos sobre la laguna de Méjico, os pido por merced que tratéis á los españoles que deo labrándolos, con el amor que sois, dándoles todo lo que para sí y para la obra pidieren; que yo prometo quitar de sobre vuestras cervices el yugo de servidumbre que vos tienen puesto los de Culúa, y hacer con el Emperador que os haga muchas y muy crecidas mercedes.»

Todos los indios que presentes estaban hicieron semblante y señas que les placía, y en pocas palabras respondieron los señores que no solo harían lo que les rogaba, pero que acabados los bergantines, los llevarían á Méjico y se irían todos con él á la guerra.

Cómo se apoderó de Tezcuco Cortés.

Día de los Inocentes partió Cortés de Tlaxcallan con sus españoles muy en ordenanza. Fué la salida muy de ver, porque salieron con él más de ochenta mil hombres, y los más dellos con armas y plumajes, que daban gran lustre al ejército; pero él no quiso llevarlos consigo todos, sino que esperasen hasta ser hechos los bergantines y estar cercado Méjico, y aun también por amor de las vituallas; que tenía por dificultoso mantener tanta muchedumbre de gente por camino y en tierras de enemigos. Todavía llevó veinte mil dellos, y más los que fueron menester para tirar la artillería y para llevar la comida y fardaje, y aquella noche fué á dormir á Tezcuco, que está seis leguas, y es lugar de Huexocincó, donde los señores de aquella provincia le acogieron muy bien. Otro día durmió á cuatro leguas de allí, en tierra de Méjico, y en una sierra que, si no fuera por la mucha leña, perecerían de frío los indios; y aun con ella, pasaron trabajo ellos y los españoles. En siendo de día comenzó á subir el puerto, y envió delante cuatro peones y cuatro de caballo á descubrir; los cuales hallaron el camino lleno de árboles recién cortados y atravesados. Mas pensando que adelante no estaría así, y por traer buena relación, anduvieron hasta que no pudieron pasar, y volvieron á decir cómo estaba el camino atajado con muchos y gruesos pinos, cipreses y